

Crónica Universitaria

CONFERENCIA DEL DR. AMADEO

En el acto realizado en el salón de grados de la Universidad en la tarde del 17 de Agosto, el doctor D. Octavio R. Amadeo pronunció una aplaudida conferencia sobre las figuras históricas del Dean Funes, el General Paz y el Dr. Vélez Sársfield.

Dijo a este respecto:

Señor Rector de la Universidad.

Señores.

Al aceptar la invitación del eminente Rector de esta Universidad, doctor Novillo Corvalán, cuya presentación tan gentil agradezco cordialmente, he asumido una peligrosa responsabilidad. Y la curiosidad de este auditorio afinado y técnico, a quien agradezco el obsequio de su presencia, duplica todavía mi responsabilidad.

Pero me he atrevido porque no llego solo; vengo como los tímidos, escondido detrás de las personas mayores, de mis grandes amigos del pasado argentino, que hablarán sin palabras el lenguaje elocuente de los hechos.

Por eso voy a pedirlos el permiso de leer algunos episodios que hablan por ellos, y he de preferir, para vuestra sensibilidad delicada, el ocaso emocionante con que terminaron sus días luminosos y fecundos.

Un sentimiento general los une a todos, como un hilo que enhebrara todas esas vidas, es el sentimiento de la nacionalidad, que fué el rasgo esencial de todas ellas. Y también la idea de la paz.

Fueron hombres de paz; y la buscaron con abnegación. La necesidad de mantener la paz externa, y la urgencia de constituir la nación fueron su divisa; la ansiedad de todos ellos y la síntesis excelsa de sus vidas.

Después de este prólogo, el doctor Amadeo leyó episodios de la vida de diversos personajes; y terminó así:

Señores faltan en esta galería muchos de nuestros grandes próceres; porque estas vidas fueron escritas sin un plan premeditado, al azar de las circunstancias, con la urgencia de un pintor de retratos a quien decidiera la aparición inesperada de un modelo.

Faltan, entre otros, los tres "grandes" de Córdoba, los tres "ases", su trípode de bronce, el Deán, el Capitán, y el Doctor, que simbolizaron las tres instituciones seculares que dieron fuerza y brillo a Córdoba de la Colonia y a Córdoba de la libertad.

El triángulo de oro; los tres grandes viejos de Córdoba, latinistas y escritores. Los tres eran erguidos y parejos y no se mancharon con sangre de hermanos.

Solo una matriz tan honrada y tan sana como la de Córdoba pudo engendrar esos tres hijos que llegaron a la vejez sin claudicar.

Los tres sufrieron la prisión, o el destierro, o la confiscación; y los tres presiden desde sus pedestales de piedra en las grandes avenidas los destinos de la ciudad natal.

El Deán, segundo fundador de la Universidad, gobernante, educador, constitucionalista; fué el joven de 60 años que salvó la revolución en el Interior y que llevó a la ciudad de Mayo la palabra y el derecho de las Provincias. Ha sido talvez el más grande hombre político que ha producido Córdoba.

El General Paz, constituye un conjunto rarísimo de hombre superior. Gran soldado, gran estadista, gran escritor. Le faltó sólo la buena suerte. Si las boleadoras hubieran caído un poco más a la derecha, quizás el país se hubiera constituido 20 años antes. Paz fué latinista, y de ahí procede el gran escritor clásico y militar clásico. Acaso en la Tablada y Oncativo no parece que Facundo estuviera peleando en criollo y que Paz estuviera peleando en latín? De ahí venía la admiración que Quiroga sentía por Paz, de no entenderlo. Facundo no se explicaba ese latín militar de Paz.

El tercero en edad fué Vélez Sársfield, el doctor Vélez Sársfield... que nunca fué doctor. Y era la paradoja más rara de la República y de Córdoba, que el más ilustre de sus juriconsultos,

hijo de su Universidad y de la Ciudad Doctoral, no fuéese doctor. Pero era docto; y docto es más corto pero es más largo que doctor.

Vélez Sársfield fué el regalo con que Córdoba obsequió a Buenos Aires en recuerdo de la Revolución de Mayo.

Obsequió a Buenos Aires y a la República.

Vélez es el hombre que más influencia secreta ha ejercido en este país, mediante el Código Civil, moldeando la vida argentina, mucho más que la Constitución: La unidad nacional la ha hecho el Código, tanto como la Constitución; pero la influencia íntima del Código, ha sido mucho mayor. Vélez ha gobernado y sigue gobernando desde hace 65 años este país, por intermedio de su Código.

Y como la vitalidad se prueba viviendo esos 65 años de resistencia que el Código ha opuesto a las reformas esenciales prueba la firmeza de su estructura.

Vélez es el producto más netamente cordobés que haya existido en el país. Pudo ponerse con toda verdad la etiqueta inglesa: "made in Córdoba".

Así como no quiso abandonar su tonada cordobesa; antes bien, en lo más recio de los entreveros parlamentarios la acentuaba, redoblando la eficacia de sus sarcasmos; tampoco abandonó lo fundamental de su bagaje universitario cordobés. Fué consecuente con las ideas esenciales de sus comienzos; y permaneció fiel a su educación romanista, a pesar de sus nuevas amistades espirituales con Savigny, y con los economistas nuevos; y de su flexibilidad casi genial.

Pero avanzó lo suficiente para la época. Era un hombre prudente y desconfiado. Algo excéptico de las cosas humanas porque había vivido en horas infortunadas y sombrías. Había escapado apenas vivo de entre los escombros de la Presidencia de Rivadavia; y entre las ruinas de Rosas; y todo esto le había secado un poco el corazón.

Pudo responder como Sieyés: "J'ai vécu". Pero Vélez había hecho más que vivir; había también como Sieyés pensado mucho, con esa intensidad con que se medita al borde de la desgracia. En ese largo silencio de su maduración estaba cargándose de savia; y cuando la libertad lo sacó al sol, el árbol robusto flore-

ció de golpe y se cuajó de frutos maravillosos. Toda la República estaba asombrada de su fecundidad senil. El diputado más joven del Congreso del año 24 se había convertido en el más viejo joven de la nueva República. Y en la unidad admirable de su destino, el muchacho que en 1826 llevaba en sus maletas la Constitución a las Provincias, era el viejo que en la Constitución de '60 pronunciaba la oración más elocuente de su vida para consumir la unidad nacional. Y sobre su tumba pudo decir Avellaneda, en días turbulentos en que se anunciaban sucesos aciagos, estas palabras que podían ser eternas: "Los vínculos no están aún rotos puesto que sabemos todavía reunirnos todos para enterrar con honor a nuestros grandes muertos".

Esos tres hombres extraordinarios fueron la magnífica fructificación de Córdoba. Y Sarmiento que desde el destierro había desacreditado a Córdoba en el "Facundo", por ignorancia de los hechos, pudo convencerse después que Córdoba no solo no se atravesó en el camino de la Revolución, sino que la salvó, abriéndole la ruta del Alto Perú, al sofocar en su seno, con su energía patriótica, la reacción de los realistas. Sarmiento se reconcilió con Córdoba; y su presidencia se asentó sobre esas dos plataformas sólidas y fuertes del viejo Vélez y del joven Avellaneda, hijo nativo de Córdoba el primero, hijo espiritual el segundo.

Desde ese momento comenzó la influencia central de Córdoba en la política argentina; desde entonces ella fué el eje de las combinaciones presidenciales; influencia que se acentuó en las presidencias de Avellaneda y Roca. Por eso Córdoba le ha devuelto al gran viejo mal hablado, su crédito y su amistad, bautizando con su nombre glorioso, su parque versallesco, donde él habría gustado pasearse bajo su gran sombrero de paja con que pescaba en Carapachay. Y lo que él agradecería sin duda como la mayor delicadeza de Córdoba a su memoria es que ese Parque está en el alto, a donde él quería subirla, para refrescarla y renovarla.

Los tres maestros cordobeses murieron en Buenos Aires, que ha honrado muchas veces sus memorias.

Buenos Aires acaba de saludar a su adversario de otros tiempos, Alberdi, en un homenaje nacional donde todas las disidencias se han unido. No destruyamos, por favor, este tesoro de nues-

tros grandes muertos; por divergencias doctrinarias no esenciales. Repito con mi libro que ellos son el encaje de oro con que la Argentina responde ante el mundo de su solvencia moral.

Ahora va a erigirse en Paraná la estatua de Mitre, y en Buenos Aires el monumento de Urquiza.

Pero la gran conciliación nacional tiene que terminarse aquí, sellarse aquí, sobre el mismo centro de la República, levantándose la estatua de Mitre, cerca de la de Vélez, sobre la Via Apia de Córdoba; con el granito de tus montañas, con el ardor de tus entrañas, Córdoba del Tucumán, Córdoba del corazón de la Patria.

FALLECIMIENTO DEL DR. ERNESTO ROMAGOSA

En la mañana del 26 de Agosto dejó de existir en esta ciudad el señor profesor doctor Dn. Ernesto Romagosa quien había ocupado hasta poco antes de su deceso el alto cargo de consiliario de la Universidad en representación de la Facultad de Ciencias Médicas, y había igualmente ocupado, en años anteriores, los cargos de consejero y decano de la citada Facultad y luego el Rectorado de la Universidad.

El deceso del profesor ilustre provocó un intenso movimiento de pesar en todos los círculos universitarios y culturales de la ciudad interpretando a los cuales el Rector de la Universidad, como la Facultad de Medicina dictaron los siguientes decretos:

DEL RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD

El fallecimiento del doctor Ernesto Romagosa ocurrido en la madrugada de hoy, ha producido honda consternación en la sociedad de Córdoba y, especialmente en la Universidad, donde el extinto ocupó las más elevadas posiciones y gozó de admiración y respeto por sus valores intelectuales, por el prestigio de su cátedra, por su ciencia médica y por la probidad de su fecunda actuación.

Ejerció las funciones de Rector, Decano, delegado de la Facultad de Ciencias Médicas ante el H. Consejo Superior, Consejero y Profesor y en todas ellas dejó la obra perdurable de su talento, de su saber y de una noble conducta.

Por ello y en honra de su memoria, el Rector de la Universidad Nacional de Córdoba, resuelve:

Art. 1°. — Adherirse al profundo sentimiento de pesar causado por su muerte y ordenar se suspendan las clases en todas las escuelas e institutos universitarios durante el día de mañana.

Art. 2°. — Invitar al personal directivo, docente, administrativo y alumnos de la Universidad, a participar del homenaje que se le tributa.

Art. 3°. — Velar su cadáver en el salón rectoral de la Universidad desde las 10 horas del día 27 hasta la del sepelio, designándose al efecto una comisión formada por los señores Decanos de las Facultades, Dr. Ramón A. Brandán, Ing. Daniel E. Gavier y Dr. Manuel Augusto Ferrer y el señor Delegado de Medicina Dr. Alberto Urretz Zavalía.

Art. 4°. — Encargar al señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas doctor Ramón A. Brandán, para que use de la palabra despidiendo sus restos, en nombre de la Universidad.

Art. 5°. — Ordenar se ize la bandera nacional a media asta en los edificios dependientes del Instituto, en los días 26 y 27 del corriente en señal de duelo.

Art. 6°. — Solicitar oportunamente del H. Consejo Superior la autorización necesaria para costear los gastos que origine el entierro de sus restos.

Art. 7°. — Disponer se deposite una corona de flores en su tumba.

Art. 8°. — Dirigir nota de pésame a la familia del extinto con transcripción del presente decreto.

Art. 9°. — Comuníquese, publíquese e insértese. (Fdo.): S. Novillo Corvalán. Ernesto Gavier, (Secretario general).

DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Córdoba, agosto 26 de 1934. — En el día de la fecha ha fallecido el doctor Ernesto Romagosa. Esta Facultad de Ciencias Médicas se siente profundamente conmovida ante la desaparición del ilustre Maestro, que era uno de las columnas sobresalientes de su cuerpo docente.

Su vigorosa personalidad unánimemente reconocida y respetada era el compendio de su robusta inteligencia, constantemente

diseiplinada en el estudio; de su hombría de bien traducida en todos sus actos, a los que imprimía el sello inconfundible de su rectitud e hidalgúa; de su recio carácter inquebrantable en el propósito de prodigar el bien y la justicia; de su bondad que a pesar de su proverbial reserva, le valió la estimación de cuantos le rodearon.

A esta casa que le contó como alumno en los primeros años de su juventud, le cupo después el orgullo de verlo incorporarse a las funciones docentes, aportando a la cátedra el bagaje de sus amplios conocimientos y formando a sus alumnos con las enseñanzas de su claro intelecto y de su intachable conducta. Dentro de los cuerpos directivos en que le tocó actuar ya en el desempeño del decanato, ya como consejero, contribuyó siempre a las soluciones más ecuánimes con la probidad de sus opiniones y en los congresos y conferencias celebrados en esta república y en el extranjero, a los cuales llevó la representación de esta Facultad, los triunfos que su talento le hizo conseguir, repercutiendo indiscutiblemente para vincular esta institución con sus similares.

La muerte del distinguido profesor se hace doblemente sensible por producirse a una edad, en que la plena madurez de sus facultades intelectuales hacían esperar mucho de su actuación futura a la sociedad y en especial a esta Facultad.

El decano de la Facultad de Ciencias Médicas, cumpliendo en nombre de la misma, con el deber de honrar la memoria de quien contribuyó en forma tan eficaz a su prestigio y engrandecimiento, decreta:

Art. 1°. — Suspender las clases en el día de mañana en todas las escuelas dependientes de esta Facultad.

Art. 2°. — Designar una comisión constituida por los señores consejeros doctores Temístocles Castellanos y Juan Martín Allende, profesores doctores Gregorio N. Martínez y Pablo L. Mirizzi y el decano que suscribe, para que velen el cadáver.

Art. 3°. — Designar al señor consejero y profesor Dr. Juan M. Allende para que haga uso de la palabra en nombre de la Facultad de Ciencias Médicas en el acto de la inhumación.

Art. 4°. — Invitar a todo el cuerpo directivo, docente, administrativo y alumnos a concurrir en el día de mañana a las 10 horas a la casa mortuoria a fin de acompañar sus restos desde ella a

la Universidad donde permanecerán hasta la hora del sepelio, y a concurrir igualmente a este acto, que se verificará a las 15 horas.

Art. 5°. — Enviar una corona de flores naturales en nombre de la institución.

Art. 6°. — Remitir nota de pésame a la familia con transcripción del presente decreto.

Art. 7°. — Dése cuenta al H. Consejo Directivo en su primera sesión a los efectos del inciso 31 del Art. 153 del reglamento interno. — Fdo.: Ramón A. Brandán. — Ignacio Morra.

EL SEPELIO

De acuerdo a las disposiciones tomadas por las autoridades universitarias en los decretos que acabamos de transcribir, los restos del profesor Romagosa fueron conducidos desde la casa mortuoria al local de la Universidad en la mañana del lunes 27 de Agosto.

Una gran concurrencia de gente universitaria acompañó silenciosamente los restos presidiendo el acto el señor Rector de la Universidad doctor Novillo Corvalán y al que acompañaban los decanos de las tres Facultades, profesores y estudiantes.

En la puerta de la Universidad esperaban el Excmo. Señor Gobernador de la Provincia doctor Pedro J. Frías, los ministros de Gobierno y Obras Públicas doctor Juan Carlos Agulla e Ing. Eduardo Deheza, respectivamente, intendente municipal Dr. David L. Caro y los miembros del cuerpo consular.

Llegados que fueron a la Universidad los restos del profesor Romagosa quedaron en la antesala del Consejo Superior en la que se levantó una severa capilla ardiente.

Durante toda la mañana fué incesante el desfile de profesores y estudiantes rindiendo al maestro su postrer homenaje de admiración.

LOS DISCURSOS

A las 15 horas y en el claustro adyacente al salón del H. Consejo Superior se levantó la tribuna para despedir los restos del profesor Romagosa.

En dicho lugar usaron de la palabra en nombre de la Univer-

sidad el señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas doctor Ramón A. Brandán y por la Facultad de Ciencias Médicas el profesor en la misma doctor Juan Martín Allende.

En nombre del Círculo Médico habló el doctor Juan A. Tey.

Terminado el homenaje de la Universidad los restos fueron trasladados al cementerio San Jerónimo en cuyo lugar usaron de la palabra numerosos oradores en representación de diversas instituciones científicas y culturales y estudiantiles.

El sepelio dió lugar a una imponente manifestación de duelo.

He aquí los discursos:

DEL DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA DR. RAMON A. BRANDAN

“Señores: La Universidad Nacional de Córdoba vive en estos momentos un día de dolor y de luto al despedir en su viaje a la Eternidad al gran profesor, al maestro de la Clínica Quirúrgica, al intachable caballero, a su abnegado servidor, que fué el doctor Ernesto Romagosa.

Por breves horas ha querido tener sus despojos bajo sus bóvedas antiguas, cuyos arcos de piedra materializan, al cerrarse sobre ellos, el abrazo del adiós definitivo al hijo predilecto, podríamos decir al primogénito, si hemos de medir la vida de los hombres, no en el tiempo pero sí en los altos valores del espíritu.

Porque el profesor Romagosa ha muerto joven. Estaba lejos aún de los años en que decaen las fuerzas del cuerpo y el anochecer va apagando las luces de la inteligencia. Está fresca en nuestros ojos su figura esbelta y vigorosa, su rostro varonil de fuertes rasgos, en que brillaba la luz de la inteligencia y de la simpatía. Resuenan aún en las aulas los ecos de su palabra, cálida, lenta y armoniosa, cuando en la lección clínica su cerebro parecía doblarse bajo el peso del oscuro problema vital, para erguirse después, levantando en los brazos de su poderoso raciocinio, como un trofeo, la solución genial y luminosa.

Era un gran médico. Al lado del enfermo, cuando los clínicos pedíamos su consejo, al plantear una indicación operatoria, lo veíamos meditar largamente, silencioso, hasta exasperar a los impacientes y es que la meditación de Romagosa, era como la lectura de muchos libros; no se hubiera perdonado nunca a sí mismo un error que hubiera resultado del olvido de un principio doctrinario o técnico, de un descuido aún involuntario y es que sentía como

nadie, con verdadera religiosidad el culto de la vida ajena, en su alto valor moral y ético; esta condición suya, señores, es la más noble cualidad del médico.

Y en la mesa de operaciones, ese campo donde se ganan y se pierden batallas con la muerte, donde gravitan sobre los nervios de un hombre el peso de todas las responsabilidades y la angustia de todas las incertidumbres, bajo la mirada de Dios en la conciencia y bajo la mirada de los hombres, nunca dispuestos a perdonar el error irreparable, la figura de Romagosa se agigantaba y las más fuertes emociones jamás perturbaron la serenidad de su espíritu cuando estaba puesto al servicio de una vida que peligraba.

En los cargos directivos de responsabilidad, en los Consejos, en el Rectorado, la Universidad exigió mucho de él y él también mucho le dió; puso a su servicio sus más puras intenciones, sus más patrióticos anhelos, sus más abnegados sacrificios y hasta dió, sus más románticas ilusiones. Porque Romagosa, señores, era un romántico, miró a los hombres y a las cosas a través del prisma cristalino de su bondad congénita y por eso, más de una vez, su espíritu sensible sufrió el áspero contacto de nuestras realidades materiales y humanas. Y á la par de ésto, raro contraste, una fuerte voluntad, una firme energía, puesta siempre al servicio de la verdad y de la justicia, hizo que sus afirmaciones se vieran rodeadas de un prestigio y de un respeto que jamás, en ninguna circunstancia, fué desmentido. Cuántas veces bastó la presencia o la palabra del consejero Romagosa para infundir respeto entre los hombres, acallar las pasiones y conminarlos con el ejemplo, a la meditación serena de las circunstancias!

Y es por todo esto que el prestigio de su nombre no quedó encerrado en los muros de esta casa, representó con honor a la Universidad en congresos científicos argentinos y extranjeros y la Academia de Medicina de Buenos Aires destacó sus valores honrándole y honrándose a sí misma y más que todo, los que como yo, muchos de los médicos aquí presentes y muchos más aún, diseminados en todo el ámbito de nuestra patria que fueron sus alumnos, sentirán ante el querido muerto, mucho más de lo que puedan expresar mis palabras, porque llevamos todos en la mente la luz de sus sabias enseñanzas y lo que vale más, su gran ejemplo como médico y la gran lección de su vida para imitarla.

Es éste, señores, el maestro, el profesor y el hombre que acaba de perder esta casa.

Por esto la Universidad de Córdoba, nuestra vieja madre común, nos reúne aquí en su torno y nos dice con un gesto imperativo, aumentando el peso de nuestras responsabilidades: hay un solo camino para que la pérdida de este hombre no sea del todo irreparable, sobre su tumba estrechemos nuestras manos como en un juramento, jóvenes y viejos, profesores y alumnos, removiendo en lo profundo de nuestras almas nobles sentimientos tantas veces adormecidos, prometamos seguir la ruta que nos marcó su ejemplo, exaltemos con él nuestra voluntad de sacrificio ante el dolor humano, nuestro amor a la ciencia, nuestra firmeza en la defensa de los altos ideales universitarios, nuestro amor a la juventud que nos sigue, para que nunca las mezquindades humanas ni los menguados intereses puedan manchar el viejo escudo de Trejo, coronado por el Espíritu de la sabiduría y de la justicia.

Y yo, personalmente, vuestro alumno de la Clínica Quirúrgica del año 1916, vuestro alumno de siempre en el ejercicio de mi profesión y vuestro amigo, como el más hondo y sincero tributo de mi gratitud y mi dolor, invocando en este momento mi convicción de cristiano católico, mi más noble título, la más alta razón de ser de mi existencia, porque sé que estás vivo en la Eternidad y que me oyes, te despido, no con palabras mías que para tal cosa no tuviera, sino recitando, conmovidamente y en silencio, mi oración por los muertos...

He dicho.

DEL DR. JUAN M. ALLENDE

Señores y señoras: La Facultad de Medicina de Córdoba ha sufrido una ruda conmoción. La muerte ha vencido después de una lucha despiadada, al profesor Ernesto Romagosa, que fué uno de sus más ilustres maestros.

Es tanto el afecto y admiración que le teníamos, que el verbo resulta insuficiente para expresarnos la honda pena que nos ha causado su prematura desaparición.

Es que Romagosa fué en vida, la expresión más fiel de la bondad. Su nobleza de sentimientos, le atrajeron el afecto de cuantos

le trataron. A estas bellas prendas morales se unían en él condiciones muy sobresalientes de talento y una vastísima ilustración.

Su temperamento recio, lo hizo aparecer inmutable ante los valores de la vida, no obstante estar dotado de una vida de exquisita sensibilidad. Los amigos que lo hemos visto sobrellevar el dolor en su última etapa, hemos quedado atónitos ante la serenidad y el estoicismo con que afrontó su terrible mal, sin más preocupación, que la de alejar de su desgracia a los seres queridos. Parecía como si el dolor se hubiera ensañado con el fin de torcer sus sentimientos, pero ha dejado el mundo y hasta el último instante ha revelado su grandeza de alma.

Romagosa fué un apóstol en nuestra escuela de Medicina. Su carácter parco, lo llevó siempre a emitir sus juicios después de sereno razonamiento y su opinión consultada en los momentos de apremio, resultaba habitualmente una sentencia inapelable. Es que sus actos fueron inspirados en el amor a la justicia y jamás se vislumbró en ellos parcialidad, aún a costa muchas veces de sacrificar sus más caros afectos.

Ocupó los más altos cargos universitarios a que podía aspirar, sin haberlos ambicionado nunca y los desempeñó con austeridad ejemplar. No faltó quien le arrojara zarzas al camino, pero él, con cristiana resignación, devolvía bien por mal y en su espíritu generoso, no albergó jamás el rencor.

Su actuación en la cátedra de Clínica quirúrgica, ha sido la página más brillante de su vida fecunda. Dotado de aptitudes extraordinarias de docente, sus magníficas lecciones se recuerdan como un modelo de claridad y precisión.

Los alumnos sentían por él un profundo respeto y al través de su seriedad tenía algo que despertaba en sus discípulos el sentimiento de afecto que le profesaban. Se sabía hacer comprender y los jóvenes le veneraban.

Romagosa fué el maestro de la mayor parte de los cirujanos que actúan en la escuela de Medicina. A él le debemos nuestra formación, forjada al calor de su inteligencia luminosa y de su gran experiencia e inspirada en el respeto y preocupación por el enfermo, que constituyó su mayor afán en su larga actuación profesional y docente. En el ejercicio de su noble aposolado Romagosa

fué un ejemplo de honradez. Su prudencia era proverbial y no obstante estar al unísono con los progresos de la ciencia que con tanto cariño cultivó no lo arrastró al entusiasmo, que habitualmente despiertan las cosas nuevas. Es que no solamente fué un cirujano de extraordinaria pericia, sino que ante todo fué un médico con un respeto muy grande por sus semejantes. Jamás dejó llegar a sus enfermos, nada que no hubiera sufrido el riguroso control de la crítica y de la experiencia.

Su figura era familiar en nuestro medio y a él se recurría a menudo en consulta, porque el público sabía con qué tacto admirable resolvía aún las situaciones más dramáticas. Todos lo hemos visto llegar a la casa del dolor con aquella majestad que poseía este gran hombre y en medio del asombro general, volver la esperanza a quien la había perdido, después de un razonamiento escueto pero admirable.

Su modestia lo llevó a mirar con desdén lo que fuera exhibición, vivía intensamente cultivando como un virtuoso la cirugía y en los ratos perdidos, generalmente en las noches de insomnio, se deleitaba en la lectura de los clásicos habiendo llegado a poseer una gran cultura literaria de la que jamás hizo alarde. No pudo sin embargo, substraerse a los honores que mereció su vigorosa personalidad y así lo vemos ser designado presidente del tercer Congreso Nacional de Cirujía, miembro honorario de la Sociedad de Cirujía de Buenos Aires y últimamente la Academia Nacional de Medicina en mérito a su descollante actuación, le confiere el título de miembro correspondiente nacional.

Profesor Romagosa: en nombre de la Facultad de Medicina de Córdoba; de la Asociación Argentina de Cirujía y de la Sociedad de Cirujía de Buenos Aires os vengo a rendir el postrer homenaje. Vuestro paso por el mundo ha dejado un recuerdo imperecedero; supistéis conquistar el afecto, la admiración y el respeto de todos porque estabais dotado de las más bellas cualidades que pueden adornar a un hombre. Fuisteis un maestro insigne y a vuestros discípulos que lloramos sin consuelo tu partida, no nos queda más que vivir de tu recuerdo, que nos ha de iluminar el azaroso camino de la vida. Descansa en paz.

LAS CONFERENCIAS EN LA UNIVERSIDAD

Bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina dió en la tarde del 7 de septiembre una conferencia sobre "Discusión de los fundamentos de la geometría" el profesor en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Ing. D. Victorio Urciuolo.

El día 12 y bajo los auspicios del Colegio de Abogados de Córdoba dió el profesor suplente de Derecho Constitucional Dr. Carlos E. Tagle una conferencia sobre "La moratoria hipotecaria y la Constitución" la cual se dió en el salón de actos de la Facultad de Derecho.

DEL P. FERNESOLE

El profesor de Crítica literaria en la Universidad Católica de París doctor Fernessele ocupó la cátedra universitaria en el salón de grados durante los días 20 y 22 de septiembre.

Ante una gran concurrencia y bajo la presidencia del señor Rector de la Universidad doctor Sofanor Novillo Corvalán, el P. Fernessele fué presentado por el secretario-director del Instituto de Filosofía de la Universidad M. Emilio Gouiran quien lo hizo en los siguientes términos:

"El Reverendo Padre Fernessele, doctor en Letras, catedrático de crítica literaria en el Instituto Católico de París, laureado por la Academia Francesa y Capellán mayor de la Legión de Honor, respondiendo a una invitación particular de la Universidad de Córdoba, ha aceptado hablarnos de André Gide y de François Mauriac.

Gide-Mauriac: he aquí el diálogo, el drama de toda una generación, la que tiene alrededor de treinta años hoy. Ciertamente, al descender al fondo de nosotros mismos quizás encontraríamos que Peguy está más cerca de nosotros; pero el protestante Gide y el católico Mauriac, fascinados por la Carne y por el Conocimiento, son las dos influencias que se han dividido nuestra alma adolescente, y el problema sigue en nosotros tal cual lo han planteado. Después de la guerra, hemos visto el desborde de las pasiones, hemos asistido a demasiadas inauguraciones de monumentos a los muertos, los héroes nos han parecido asaz vulgares rein-

tegrados a la vida nacional. Gide nos ha salvado del asco, y Mauriac nos ha inquietado. Algo nos vincula con ellos desde entonces. Gide nos descubrió que la experiencia puede no ser agobiadora; Mauriac, que el cristiano vivo intensamente. Gide nos enseñó la riqueza del instante. Mauriac nos enseñó la riqueza del don de sí. Pero Gide y Mauriac nos han decepcionado. Gide piensa difícilmente, pero no renuncia a cualquiera de las facilidades inferiores; Mauriac es en demasía "propriétaire de vignobles". Y mientras tanto, ¡cuántos de nosotros esperamos una contestación! Y por eso, precisamente, nos encontramos más cerca de Peguy y de la generación de antes de la guerra. Es que nuestra situación se asemeja a la de esta. Sabemos que la solución se acerca. Será en la madrugada, en ocasión de un asalto, una bala, una bayoneta, un obús — en la madrugada o en cualquier momento del día o de la noche — será cuando descubriremos el enigma de la vida y de la muerte. Cual Péguy, menos entusiastas, decepcionados ya, pues sabemos que "la guerra que había sido anunciada a los pueblos con la promesa de una regeneración universal, en su decurso y en su final faltó completamente a esta promesa" (Croce — **Historia de Europa en el siglo XIX** — p. 359) pero no menos precisos en nuestra voluntad, conocemos que nuestra vida no será larga:

Heureux ceux qui son morts dans una juste guerre!
 Heureux les épis mûrs et les blés moissonnés!
 Couchés dessus le sol à la face de Dieu!

La fe para los unos, la guerra para todos, he aquí las conclusiones que tenemos al diálogo, que no deja de proseguirse en nosotros, entre Gide y Mauriac. Con estas dos conferencias del R. P. Fernessole comprenderéis mejor ciertos aspectos del alma francesa contemporánea. Gide y Mauriac son para algunos de nosotros lo que fueron Maurice Barrès y Anatole France para nuestros padres".

Acallados los aplausos con que fueron saludadas las palabras del profesor Gouriran se puso de pié el R. P. Fernessole quien al ocuparse de André Gide sintetizó su exposición manifestando:

André Gide ha querido ser un director de conciencia para las

almas jóvenes que le buscaban, para las almas inquietas. Son algunas de sus propias declaraciones.

De hecho, lo ha sido. — Hay declaraciones de jóvenes escritores de nuestros días: A. Malraux, F. Mauriac, después J. Riviere, etc.

Su influencia, desde hace algunos años, ha sufrido en Francia un eclipse profundo. Se nota el alejamiento de varios de sus discípulos más notables. Existen algunas causas. En desquite, esta influencia persiste en el extranjero, sobre todo en Alemania, a causa del naturalismo de Gide.

¿Qué “alimentos” aporta Gide a los espíritus? ¿Cuál es su enseñanza filosófica y moral? Se puede resumirla en algunos puntos generales:

1°. La liberación: evadirse para expandirse, sin detenerse en nada, en el campo ilimitado de las sensaciones.

2°. La curiosidad de sí y la concentración en sí. Pero en sí, la curiosidad del perverso, del anormal, hasta del más monstruoso.

De ahí el carácter propio de los héroes de Gide: anormales, estudio de análisis de los casos extraordinarios, de seres devorados por instintos especiales, mórbidos.

Luego estudió el carácter y papel de la gratuidad y de la sinceridad en el sistema gidiano.

“El inmoralismo” de Gide es de carácter especial y particularmente grave.

¿Por qué influencias se puede explicar la filosofía y la moral gidianas? Por el temperamento, la educación y diversas circunstancias de la vida de Gide.

Se detiene a continuación, en la parte de “la actitud” en esta filosofía y esta moral.

La característica por la “inversión” grave del Evangelio y de la Escritura en la obra Gidiana.

En el arte literario de André Gide, señala el encanto de su lengua y de su estilo, llamándolo “Verlaine de la prosa”.

La segunda conferencia del P. Fernessole fué el día 22 y en ella se ocupó de Francois Mauriac, igualmente con un éxito señalado.

DE GARCIA MORENTE

El señor Rector de la Universidad invitó al señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid profesor Dr. D. Manuel García Morente a que ocupara la alta cátedra de nuestra Universidad.

Accediendo a la invitación el ilustre filósofo español llegó a Córdoba y en la tarde del 27 de septiembre inició un ciclo de tres conferencias.

Una sala desbordante de público formado por los representantes de las escuelas universitarias y círculos científico y culturales de esta ciudad se congregaron en el salón de grados de la Universidad, el que resultó pequeñísimo para tan inmensa cantidad de público que se desbordó atento en los claustros universitarios.

En la conferencia inaugural le presentó los saludos de la Universidad el señor Rector del Instituto doctor Sofanor Novillo Corvalán, quien lo hizo en los siguientes aplaudidos conceptos:

“Fecunda y enriquece su labor interna la Universidad no sólo con el esfuerzo de sus maestros sino con la contribución de los profesores extranjeros que nos traen su sugestión personal y el pensamiento de los densos centros de cultura de donde proceden y, con ellos, más vivas inquietudes al espíritu, un ansia de superación, el despertar, a veces, de vocaciones y siempre el gozoso regalo de una hora siquiera de pura vida del espíritu.

Y si la cátedra máxima de la Universidad vuélvese cambian- te escena por la diversidad de los especialistas que la ocupan suscitando múltiples y renovadas atracciones, acrece el interés cuando se anuncia la palabra de un pensador de las cosas más hondas y trascendentales, pues siempre tuvo entre nosotros la presencia de un filósofo el sentido de un suceso intelectual.

Y demos gracias a Dios, señores, de que así sea: de que el saber que organizaron y enseñaron Platón en el jardín famoso y Aristóteles bajo los pórticos siga ocupando la más alta jerarquía en el interés del espíritu.

La voz del filósofo es palabra de elevación y serenidad. Dice las cosas con cierta unción como si fuese un sacerdote y es es-

cuchado con mayor interés porque es desinteresado. No parece que viviese en el mundo si bien indaga su causa y su destino; no se aproxima a los hombres para ensalzar sus virtudes, ni huye de sus miserias porque le interesa lo que hay de universal en ellas. Aunque sea un esteta, prefiere al gracioso ropaje de las cosas su íntima esencia; no le conmueven los hechos contingentes por magnos que sean, pero escucha con inteligencia el fluir incesante de la vida.

El filósofo está arriba de los gobiernos, de los partidos y del sórdido interés; no es ciudadano de España, ni súbdito inglés; ni siquiera un habitante de esa comarca prodigiosa y oscura que se llama la humanidad; es más bien un ser cósmico por su universalidad y profundidad y, acaso por serlo, recibe del Universo su armonía y serenidad.

Ese nivel superior que ocupa; la luz ordinariamente incontaminada que desciende de él, créanle un extraño prestigio que no es el del hombre influyente y que por consiguiente no se manifiesta en adulaciones y lisonjas, sino en reverente admiración.

La filosofía ha influido a veces en hechos de la historia, — Locke y sus sucesores crearon la libertad política en Inglaterra; los de la Enciclopedia derribaron la monarquía absoluta de Francia y fundaron el individualismo —; pero esa influencia social y política no es oficio suyo. Tan excelente disciplina sólo conserva su pureza y su prestigio cuanto menos contacto tenga con el hombre y los fenómenos sociales. La filosofía es, ante todo, metafísica. Es más vecina de las ciencias divinas que de las ciencias humanas. Religión y filosofía se diferencian en el sendero, pero se hermanan en el destino. Ambas se interesan por los primeros principios y por las causas finales. La una lo logra por la revelación y la fé, que no es un creer ciego, sino un creer profundo, una inundación del alma, y la filosofía lo intenta por el raciocinio, ese instrumento precioso que, según Pascal, comprueba con su necesidad la pequeñez del hombre y, con su poder, su grandeza.

Ese escenario tan alto en que se mueve la filosofía, esa desconexión con la corteza humana, hace que el auténtico filósofo ponga cerco a sus pasiones y logre la serena reflexión y el frío examen. Para algunos filósofos griegos, la filosofía es ataraxia,

es decir insensibilidad, pero no a las ideas, sino a las pasiones y las cosas. En el Aquitanio filosofía es prudencia.

Y por ser examen reflexivo no es adhesión incondicional a ninguna escuela. No es que no podamos alistarnos en alguna, pero no debemos enseñar a nuestra inteligencia que están clausuradas las demás. Cuando lo hacemos predomina el temperamento sobre la reflexión, o el prejuicio sobre el examen, o la vanidad sobre la justa desconfianza de nuestra limitación. Y en ninguno de esos casos hacemos filosofía. Nuestras convicciones se fortalecen en el contraste; nuestras luces nos iluminan más o menos con el choque de otras luces. Poner a prueba el acervo de nuestro saber no es dudar de él, sino contribuir a su solidez y enriquecimiento o a su rectificación.

Representantes de esa alta y prestigiosa filosofía son los tres pensadores hispanos que nos han visitado: José Ortega y Gasset, maestro escogido, príncipe del decir, tan respetado cuando pondera las posibilidades argentinas como cuando advierte sus escasas realizaciones; tan verídico cuando habla de la esperanza que le inspira nuestra juventud, como cuando alude a su falta de confianza cuando intenta reformar la Universidad, el Estado y el Universo antes de reformarse y construirse ella misma; tan bellamente plástico cuando pinta la Pampa con la fuerza de Sarmiento como de insospechable probidad cuando lanza su saeta contra el guarango argentino en el extranjero; Eugenio D'Ors, cuya figura grave y a la vez dulce, extraña mezcla de pensamiento y ensueño, la conservamos viva aún, a quién debemos un interesantísimo cielo de conferencias y cuya modestia bautiza con el nombre de "Glosas" a la penetrante perforación que hace en el corazón de seres, hechos y fenómenos; y finalmente el más sistemático de todos, el más profundamente maestro que tenía retardada su visita, alguna vez hasta por la presión de íntimos dolores y que nos depara por fin el obsequio directo de su pensamiento y de su bella cultura.

El doctor Manuel García Morente, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, profesor de su Universidad, es uno de los valores más altos de España. Su labor y su pensamiento han sobrepasado hace mucho el límite territorial de su

patria. Por su ministerio se ha vuelto más nítida y aseQUIABLE la brumosa filosofía de Kant; en su arte refinado nada ha sufrido el bello intuicionismo de Bergson; ha acometido la estupenda empresa de vertir al español el denso libro teutón de Spengler y suyos son y de fuerte originalidad diversos ensayos de índole filosófica entre los cuales se destaca el relativo al progreso, tan valioso como ninguno.

Tal es, en ajustada síntesis, la obra más destacada del pensador español. Pero tanta es su difusión, tan familiarizados están con ella los que gustan del dulce ocio del hondo pensar y del noble decir que esta vez vuélvese como ninguna redundante la ceremonia de su presentación.

Señor profesor: pongo al servicio de vuestro saber eminente la cátedra mayor de la Universidad de Córdoba”.

Acallados los aplausos con que fuera saludado el discurso del rector, se pone de pié el filósofo español recibiendo una calurosa salva de aplausos que se prolongó por breves instantes.

Luego inicia su ciclo de disertaciones ocupándose en la primera de: “La cultura y sus problemas”; en la segunda de “La cultura personal y la sociedad” y en la tercera sobre “La metafísica de la cultura”.

En cada una de las tres conferencias el público desbordó el salón de grados siguiendo la expresión del pensamiento del doctor García Morente con la atención más profunda.

Al terminar su tercera conferencia recibió del auditorio una ovación muy expresiva como demostración de las profundas simpatías despertadas por su obra.

DEL PROFESOR BOTAZZI

Respondiendo a la labor de intercambio que realiza el Instituto Argentino de Cultura Itálica llegó a esta ciudad después de haber cumplido otros compromisos en las Universidades de Buenos Aires y Rosario el profesor Felipe Botazzi, titular de Fisiología de la Real Universidad de Nápoles.

En los días 28 y 29 el profesor Botazzi dió en el Hospital Nacional de Clínicas dos conferencias sobre “Mecanismos reguladores de los procesos nutritivos” siendo presentado en la primera por el profesor de Clínica Quirúrgica doctor Pablo L. Mirizzi.

En la tarde del día 29 dió una tercera conferencia realizándose ésta en el salón de grados de la Universidad y en la cual se ocupó de Leonardo Da Vinci. El profesor Botazzi fué muy cumplimentado en esta capital y señaladamente distinguido por su actuación científica.

CONFERENCIA DEL PROFESOR MANES

En el salón de grados de la Universidad dió el profesor en la Universidad de Berlín Dr. Alfredo Manes una conferencia sobre "Problemas de legislación de seguros", presentándolo el profesor de Derecho Comercial en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales doctor Mauricio Yadarola.

CONFERENCIA DEL PROFESOR BRAUER

El 17, e invitado por la Facultad de Medicina, dió en el salón de grados, una conferencia sobre "Problemas de la cocina dietética" el doctor Ludolpf Brauer, profesor en la Universidad de Berlín y que había llegado al país con motivo del Congreso de Medicina realizado en Rosario de Santa Fé.

El doctor Brauer fué presentado por el profesor Dr. Gumer-sindo Sayago.

El día 22 dió en el Hospital de Clínicas una clase sobre "Cirurgía toráxica".

CONFERENCIAS DE JULIO REY PASTOR

Invitado por la Sociedad Científica Argentina de Córdoba el profesor español doctor Julio Rey Pastor dió dos conferencias en esta capital.

La primera tuvo lugar en la tarde del 8 de octubre y fué presentado por el señor consiliario profesor Ing. D. Fernando Sánchez Sarmiento quien pronunció el siguiente elogio de la personalidad del profesor español:

Señor Rector, señor Presidente de la Sociedad Científica Argentina, señores:

La cátedra mayor de la Universidad Nacional de Córdoba, va a ser esta vez ocupada por el eminentísimo profesor de la Univer-

sidad de Madrid y de la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires, el doctor Julio Rey Pastor, a quien tengo el particular honor de presentar en nombre de la Sociedad Científica Argentina.

Por esta cátedra han desfilado grandes filósofos y maestros del derecho, naturalistas, ingenieros, físicos, astrónomos, historiadores y artistas, quienes nos legaron sus sabias enseñanzas; pero los amantes de la ciencia pura, estábamos ávidos de sentir la voz de un matemático notable que con su autorizada palabra nos hablara de esta ciencia casi olvidada en esta cátedra, para reivindicar el verdadero puesto de honor que le corresponde a la más sublime concepción del espíritu, a la ciencia que más disciplina y educa nuestra mente y que sólo los genios pueden llegar a dominarla, a la ciencia más propulsora del progreso, a la ciencia que nos ha llevado al estado de adelanto en que nos encontramos, en una palabra, a la cual le debemos todo cuanto poseemos.

Esta vez hemos colmado todos nuestros deseos, pues estamos en presencia de uno de los más grandes y célebres matemáticos de la época, cuyo nombre ha sobrepasado los límites de su patria y los de esta república en donde por ahora ejerce sus actividades, habiendo llegado desde hace ya bastante tiempo, no obstante su juventud, a ser conocido en el mundo entero.

La labor desarrollada por este eminente hombre de ciencia es enorme, nos bastará sólo enunciar aunque os fatigue, las siguientes obras publicadas que han llegado hasta nosotros, todas de carácter fundamental y constando la mayoría de cada una de ellas, de volúmenes con varios centenares de páginas; hélas aquí:

Elementos de Análisis Algebraico; Teoría de las funciones reales; Fundamentos de la Geometría proyectiva superior; Curso cíclico de matemáticas; Lecciones de Algebra, Resumen de las funciones analíticas con sus aplicaciones físicas; Introducción a la matemática superior; Métodos y problemas de las Ciencias; Correspondencia de figuras elementales; Teoría geométrica de la polaridad de las figuras de 1ª. y 2ª. categoría; Aplicaciones de la representación conforme; Evolución de la matemática; Teoría de la representación conforme; Resumen de las lecciones de Análisis matemático; Los matemáticos españoles del siglo XVI; Resumen del Cálculo Infinitesimal; Aritmética racional; Geometría racional; Algebra; Trigonometría; Cosmografía, etc., amén de las inéditas, de

las que tiene en preparación y de cerca de trescientas publicaciones sobre variados estudios, conferencias e investigaciones científicas.

Todas sus obras están escritas con un lenguaje perfecto, que entusiasma y hace amena su lectura, aunque para algunas de ellas sea menester estar dotado de una alta disciplina matemática.

Además, este ilustre profesor, es un célebre didacta y un eximio conferenciante; su erudición es vastísima, porque al dominar diversos idiomas, ha explorado todas las ramas de esta ciencia, desde la más elemental hasta la más superior.

Debo ser breve para que todo el tiempo lo destinemos en escucharlo en esta memorable conferencia, que tratará sobre uno de los puntos más culminantes de las matemáticas: “La Unidad de la Ciencia”.

El tema es de naturaleza filosófica y es de aquellos que han preocupado a sabios insignes, como Poincaré, Bolzano, Russell, etc. Ahora veréis vosotros, escuchándolo al señor Rey Pastor, cómo la matemática, aunque es una disciplina abstracta, lleva a la inteligencia a la consideración de problemas filosóficos fundamentales. Y no exagero, pues el problema de la unidad de la ciencia implica una idea general que subsume las diferencias particulares. ¿Por qué nexo las ciencias se unifican a la *ciencia* y constituyen una totalidad? ¿Es esta ambición realizable? ¿Qué validez tendría en el orden real y en el del conocer?

Solo por vía de ejemplarización y para que veáis el valor que tienen las matemáticas en una concepción filosófica, recordaré brevemente el desarrollo dado en el dominio epistemológico, a la teoría ordinal de los números de Dedekind según éste, la operación abstractiva que efectuamos para realizar la creación del número, no tiene nada que ver con la obstracción de los otros sistemas lógicos, pues en el orden de las ideas nuevas, no significa el apartamiento de una característica real, sino que se refiere a una relación determinada independiente de toda particular aplicación; opera, por eso, como una deliberación, pues designa solamente la concentración lógica en el conjunto de relaciones como tales, con exclusión de todas las circunstancias psicológicas próximas: no designa ningún momento real constitutivo de ese conjunto. La “*esencia*” de los números está en el valor de la posición que ocupan y el concepto de posición que debe ser considerado en la más amplia gene-

ralidad lógica. La diferenciación de los elementos corresponde a las condiciones conceptuales puras, no a las intuiciones sensibles. Sobre la base de la teoría ordinal del número la especulación matemática ha erigido la teoría del número cardinal. “El número cardinal es un ente abstracto que sirve para representar los conjuntos cardinales entre sí, distinguiéndolos de los coordinables”; es un “*conjunto*”, mientras que el número ordinal es un “*elemento*” dentro de un conjunto ordenado.

Ahora bien, la posibilidad de crear el número con exclusión de todo contenido intuitivo, refiriendo su naturaleza al concepto de posición, al de relación o, mejor aún, al de “*función*”, ha permitido a ciertos filósofos intentar una explicación “*funcional*” de la realidad, una especie de matematización de la realidad con exclusión de todo contenido intuitivo o conceptual, como en la teoría de los números de Dedekind.

Yo no he de seguir a esos filósofos en sus deducciones, pues, como os dije, solo quería hablaros por vía de ejemplificación para que reparáseis en el valor epistemológico que tienen las matemáticas, cómo de factible ensayar por ellas la unidad del saber. Pude también citaros el ejemplo de Leibnitz, Russell y Whitehead, creadores de la Logística, pero no es necesario. Además, el ilustre conferenciante a quien cederé la cátedra, demostrará con creces mi aserto y os hará ver patentemente con su palabra doctísima cómo es cierto aquel epígrafe puesto por Cournot en su “Tratado elemental de la teoría de las funciones y del Cálculo infinitesimal”, que reza así: “*Sophiae germana mathesis*”, la matemática es hermana de la sabiduría”.

Acallados los aplausos que motivara la presentación hecha por el profesor Sánchez Sarmiento usó de la palabra el profesor Rey Pastor quien se ocupó de la “Unidad de la ciencia”, dando su segunda disertación al día siguiente sobre “Modernas teorías de las funciones”.

CONFERENCIA DEL PROFESOR LEON

Bajo los auspicios del Colegio de Abogados de Córdoba dió en la tarde del día 30 una conferencia sobre “El problema de la limitación de los daños y perjuicios resarcibles”.

EN LA FACULTAD DE INGENIERIA

Bajo los auspicios del Centro de Estudiantes de Arquitectura se realizó en la tarde del día 5 de Octubre la conferencia que el arquitecto D. José de Elizalde aceptó dar a dicho centro y la cual versó sobre "Córdoba y sus problemas más urgentes".

CONFERENCIAS DEL ING. BARROS

En los días 29 y 30 de octubre y bajo los auspicios del Centro de Ingenieros de Córdoba dió el profesor en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales Ing. D. José Benjamín Barros dos conferencias sobre Racionalización y desocupación.

EN LA SOCIEDAD CIENTIFICA ARGENTINA

La Sociedad Científica de Córdoba realizó en la tarde del 25 de octubre una sesión en la que usó de la palabra el profesor en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y Director del Museo de Ciencias Naturales de la Provincia doctor Juan Olsacher quien se ocupó de los temblores o movimientos sísmicos.

Su conferencia la publicamos en el cuerpo de este número de la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD.

EL V° CONGRESO NACIONAL DE MEDICINA

NOTA DEL DR. JUAN M. ALBARENQUE

A raíz del V Congreso Nacional de Medicina, el delegado de nuestra Facultad de Ciencias Médicas, ha elevado al Sr. Decano de la misma, la nota que va a continuación:

Córdoba. Setiembre 25 de 1934.

Al Señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas

Dr. Ramón A. Brandán.

S/D.

Me es grato dirigirme por su intermedio a esa H. Facultad, para informar lo siguiente:

En cumplimiento de la honrosa misión que os dignásteis confiarme para ante la Sección Pedagógica y Asuntos Universitarios del Vº. Congreso Nacional de Medicina, reunido en la ciudad de Rosario, he asistido a las sesiones pertinentes, sin llevar trabajo ni ponencias premeditados, sino simplemente el bagaje de ideas que la experiencia de la vida universitaria me ha dado, para emplearlo en las oportunidades que se presentaran, derivadas de las “relaciones” que se hicieran sobre el tema oficial: **“Bases fundamentales de toda Universidad que deben ser tenidas en cuenta para la sanción de una ley”**.

La primera sesión se inició con un conceptuoso discurso del presidente de la Sección, Dr. Rafael Araya, lleno de sugerencias pero poco definido.

Cuatro “relatores” habían sido designados: los Doctores José Arce, Alejandro Korn y Rodolfo Rivarola y el Ingeniero Enrique Herrero Doucloux, todos de reconocida autoridad y prestigio.

Esperaba yo, como todos, que tan capacitadas personas, llevaran una exposición meditada, completa y concluyente, del “problema universitario”, como se ha dado en llamar al conjunto de episodios, cuestiones, conflictos, turbulencias reformistas y resabios anacrónicos, que desde 1918 hasta hoy han agitado y a veces perturbado la vida de los institutos de instrucción superior, y sobre todo, “bases” para una ley que remediara todo aquello.

No fué así, sin embargo, y aquí fué la disolución y acaso el fracaso de esa Sección. ¿Es que no se quiso mentar la soga en casa del ahorcado? ¡Pero si todos hemos pasado por la situación que en ese momento pasaba la Facultad de Rosario!

De los cuatro relatores hicieron uso de la palabra, en forma casi de improvisación, los Doctores Rivarola, Korn y Arce.

El Dr. Rivarola aludió y elogió la actual ley Avellaneda, haciendo fincar la solución que se buscaba en la sanción de una ley que abarcara las tres etapas de la instrucción: **primaria, secundaria y superior**.

Daba así mayores latitudes al problema, pero no dió las “ba-

ses fundamentales de toda Universidad, que deben ser tenidas en cuenta para la sanción de una ley”.

Podíamos calificar su exposición, como una erudita divagación que en varios pasajes provocó signos aprobatorios y fué escuchada con interés por la forma correcta y tono amable con que fué dicha.

El Dr. Korn, hizo una extensa exposición crítica de la Universidad argentina; propuso como medio de mejorarla “la supresión de la Universidad” y terminó declarando que “la reforma ha fracasado”.

Entendimos los oyentes, deduciendo de lo que el orador había dicho antes, que al decir “supresión de la universidad” quería decir supresión del “Consejo Superior” de las actuales universidades.

(Esta falta de precisión, dió lugar más adelante a un verdadero galimatías sobre lo que debiera entenderse por universidad y sobre cual era su misión. Puede decirse que había al respecto tantas opiniones como asistentes. Debo decir en honor de la Universidad de Córdoba, que una de las definiciones más completa y más bien recibida, la dió el Dr. Raúl Orgaz, cuya fórmula no consigno por temor a alterarla involuntariamente).

Luego habló el Dr. Arce para sostener la intangibilidad de la ley Avellaneda, llegando a la conclusión de que con esta ley y con recursos, las universidades podrían vivir y cumplir su misión.

Continuó una serie de disertaciones (título de discusión del tema oficial) en que se dijeron cosas interesantes y hasta extravagantes. Terciaron elementos de distintas ideologías, incluso un comunista procedente de las costas del Pacífico, quién, según dijo, venía a tomar parte en las deliberaciones después de recorrer dos mil kilómetros, y habló extensamente sin concretar nada sobre el tema que se debatía, hasta que le cortaron la palabra. Es el mismo que después ha incursionado por los diarios y por los centros estudiantiles de esta ciudad, acompañado galantemente por un profesor de esa Facultad. Se habló de la “misión formativa” de la universidad, — del tipo judío, del ruso, del facista, etc. etc. y de muchas cosas abstractas e inaccesibles.

A una de esas exposiciones, la que parecía más estudiada y medular, contestó con elocuencia y eficacia el representante de nuestra Universidad, el Dr. Ramón A. Brandán.

Habían transcurrido así muchas horas y varias sesiones. Presida accidentalmente el Dr. Camilo Muniagurria. Pedí la palabra para manifestar lo siguiente:

“Que en vista de, que la discusión se prolongaba un tanto incómoda, en la que cada cual tocaba el instrumento que le gustaba sin armonizar con los demás, corríamos el riesgo de llegar al final de las sesiones sin habernos puesto de acuerdo sobre ningún punto que pudiera servir de “base” para una ley. Que si procediéramos a votar cada una de las proposiciones que se habían formulado y ellas fueran luego sometidas a consideración de los legisladores, seguramente no sabrían éstos encontrar cual era el pensamiento central de la Sección Pedagógica y Asuntos Universitarios. Que para que esta Sección pudiera justificar su razón de ser y no apareciera como un organismo estéril era necesario que formulara siquiera una proposición concreta sobre el motivo de sus deliberaciones, sobre la cual pudiera recaer una votación. Que con este propósito pedía se nombrara una comisión la que en el curso del debate iría tomando nota de las ideas que considerara pertinentes para formular un proyecto de resolución que sería votado una vez que se hubiera oído todas las opiniones y especialmente la lectura de los trabajos presentados”.

Esta indicación fué acogida con signos de aprobación general que partieron de distintos puntos de la sala. Pero el Señor Presidente, interpretando que mi moción “implicaba cerrar el debate” se negó a ponerla en votación, lo que causó general asombro y motivó la consiguiente réplica de mi parte.

En un cuarto intermedio que sobrevino se llegó a convenir entre varios congresales, en presentar una moción que, como la que yo había presentado, tenía por objeto sacarnos del atolladero.

A la mañana siguiente, el Dr. Damianovich insistió en mi moción de la víspera que fué de nuevo apoyada. En esa oportunidad, el delegado por nuestra Universidad, Ing. de Tezanos Pinto, usó de la palabra para manifestar que él iba a formular una moción (la acordada en el cuarto intermedio) la cual involucraba la moción de los Dres. Albarenque y Damianovich.

La moción formulada por el Ing. Tezanos Pinto, fué sustancialmente como sigue:

“Que se autorice a la presidencia para que designe una comisión encargada de organizar un congreso de pedagogía y asuntos universitarios, a realizarse el año próximo (1935) en Buenos Aires, al cual debe elevarse todo lo actuado en la presente sección”.

Aprobada la anterior moción se siguieron emitiendo diversas opiniones que de acuerdo a lo resuelto, pasarán como antecedentes al Congreso del año próximo.

En tal oportunidad manifesté más o menos lo siguiente:

“Que en síntesis, los tres relatores oficiales que habían expuesto, encaraban el asunto de puntos de vista distintos.

“Que la proposición del Dr. Rivarola implicaba una tarea superior a la que podía realizar la presente asamblea, por lo vasta y porque ella requería técnicos especiales, en lo que se refiere a educación primaria sobre todo.

“Que existían proyectos de leyes orgánicas integrales, de la instrucción pública, como el del Dr. Celestino Marcó, que desde muchos años esperaban sanción, y en el cual se resolvía la situación que se crearía con la supresión de los consejos superiores universitarios, según lo proponía el Dr. Korn (cuya idea compartí y apoyé con nuevos argumentos), mediante la creación de un consejo general de instrucción superior, y con la autonomía de las distintas Facultades.

“Que por el momento no podíamos sino respaldarnos en la sabia ley Avellaneda, y prestarle nuestro auspicio, porque esto significaría además nuestra disconformidad con el proyecto de ley universitaria enviado al Congreso por el Poder Ejecutivo, cuyo proyecto no sólo no resolvía los males que aquejan a la universidad argentina, sino que los afianza y los agrava”.

“Que como complemento de la ley Avellaneda, debían dictarse leyes creando fuentes de recursos para las universidades, las cuales no pueden depender del ítem del presupuesto, siempre precario y aleatorio y que renueva cada año la incertidumbre, la intranquilidad y la angustia para aquellos institutos”.

“Que la holgura económica por sí misma traería la solución

de otros problemas de orden interno, en cuanto a orden, disciplina y aprovechamiento científico”.

Como prueba de que lo dicho no era improvisado ni efecto de una sugestión ambiente, leí los párrafos finales de la nota del 8 de Junio de 1932, elevada a la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados de la Nación, en mi carácter de Decano y que obra en el archivo de esa Facultad.

Resultaba así, que la Facultad de Medicina de Córdoba, había propuesto en 1932, la solución (al menos provisional) que el Dr. Arce propuso con aprobación general en 1934.

Rebatí el repetido estribillo de algunos oradores, de que la universidad argentina había fracasado.

Después de recordar la acción cultural, social, profesional, docente y científica de los institutos universitarios argentinos y de los hombres salidos de ella que han hecho honor al país y a la ciencia, no obstante ser la Argentina una nación de poco más de un siglo de existencia, cité el caso de la misma ciudad de Rosario que con su Facultad, la más joven de todas, había dejado de ser la ciudad fenicia para tomar el camino de Atenas. Dije, en fin, que los mismos impugnadores y eternos desconformes con la universidad, aún desde sus posiciones equívocas, estaban demostrando allí mismo, con su reputación de hombres inteligentes y doctos salidos de nuestras universidades, que la universidad no era un fracaso.

Me referí luego a la resolución de convocar un congreso para que el año próximo se ocupe de la ley universitaria, y recordé que la Universidad de Córdoba, a mi iniciativa, había designado hace tres años, una comisión para que invitara personalmente, a las demás universidades del país, para una **conferencia inter-universitaria**, la que debería tratar precisamente los asuntos de que se ocupará el congreso del año próximo, por cuyo éxito hacía votos no obstante la poca fe que me merecen los Congresos numerosos.

Por último dejé formuladas estas dos proposiciones:

I. — El número de alumnos de la Universidad debe estar limitado por la capacidad **material** y **docente** de las distintas escuelas.

II. — Deben abrirse nuevos horizontes a la juventud argentina, para evitar la desproporción entre el número de profesionales universitarios y la población del país.

Después de esto, se continuó con una serie de disertaciones, algunas muy interesantes como la del Dr. Avelino Gutiérrez, sobre organización de la universidad y la del Dr. Bernardo Houssay sobre planes de estudio de Medicina, no siéndome posible escuchar las demás porque tuve que asistir a otras dos secciones: la de Profilaxis y Medicina Social y la de Oftalmología.

En la primera leí el trabajo que se me encomendara sobre “**Profilaxis del tracoma**”, siendo aprobado sin observación y por unanimidad después de generosos elogios. La conclusión de este trabajo fué aprobada en sesión plenaria. (Véase “La Prensa” del 9 de Setiembre, pág. 10).

En la Sección Oftalmología leí el trabajo “**La expresión de la mirada**”, permitiéndome ocupar la tribuna, durante una hora. Terminados los aplausos tributados al final de la lectura, usó de la palabra el distinguido oculista Dr. Damel para rendir el tributo de su gentil elogio y felicitaciones.

En esta misma sección el Profesor Dr. Rodolfo Laje Weskamp, leyó una importante contribución titulada “**La piritoterapia en la queratitis intersticial**”, que fué muy bien recibida y aprobada sin objeción.

He consignado lo que precede, no a título de satisfacción o vanidad personal, sino en cuanto pueda significar una satisfacción y un homenaje para la F. de C. Médicas de Córdoba.

No he de poner punto final a este informe, sin destacar el espectáculo magnífico que el Congreso ha presentado en sus diversos aspectos y sin anotar el hecho auspicioso de que tanto las autoridades como la sociedad toda, de la gran ciudad, parecían unidas en el propósito de aportar su calor y su concurso al mejor éxito de esta hermosa jornada científica y social.

Saludo al Señor Decano y a esa Honorable Facultad muy respetuosamente.